

HILDEGARDA
El poder y la gracia

A mi madre, que ama las cosas imposibles

Lucia Tancredi

Hildegarda

el poder y la gracia



Ciudad Nueva

Título original:
Ildegarda. La potenza e la grazia
© 2009, Città Nuova Editrice
via Pieve Torina, 55 - 00156 Roma
www.cittanuova.it

Traducción: *Juan Gil Aguilar*
Revisión: *Javier Rubio, Ana Hidalgo*

Diseño de cubierta y maquetación:
Antonio Santos

Foto de cubierta:
San Galgano
© Maurizio Martini - Fotolia.com

© 2013, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-269-3
Depósito Legal: M-2.287-2013

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Prólogo

Yo, Adelheidis, hija del conde palatino Federico de Sommerschenberg, abadesa de Gandersheim, llegada al final de mi siglo, dejo a mis hijas dilectísimas estos hatos, que procurarán desenvolver como vendas de Lázaro. En unos cuantos folios encontrarán escritas unas memorias de mi vida, *marginalia*, que podrán leer cuando los días se acortan y los quinqués están más tiempo encendidos.

Hablarán en su latín y narrarán según solíamos hacer.

Se ha dicho que Adelheidis no hacía honor a Gandersheim, en donde todas las abadesas han escrito: Gerberga y la gran Roswita, que dedicó al imperio de los Otones un poema mejor que el que habrían compuesto Ennio o Livio.

Siendo joven, también yo probé a comenzar un poema, con palabras rizadas como lirios. Pero me sentía huésped en esa lengua, forzándola como hace un viandante con una jerga extranjera.

Ahora soy vieja, y no me quejo. Cada día la oscuridad se me aferra a los ojos, pero lo poco que veo brilla como una vasija de cobre, y un día de nieve parece un mar de leche.

La vejez envuelve un cuerpo igual que la nieve, cuando las palabras llegan desde el silencio y se tornan hermosas. Las palabras que llegan desde el silencio parecen inmóviles en la

superficie, pero luego se mueven subterráneamente y diluvian ligeras.

Adelheidis suena como un cristal. Es un nombre ligero que no se arrastra.

Así tienen que ser mis palabras. De sentido fácil, sin herumbre de razón. Como las palabras de las madres.

Encomiendo una vez más a las hijas de mi corazón lo más precioso que poseo: son pergaminos de cuero finísimo envueltos en tejido de damasco y sellados. Contienen las memorias de mi madre, tal como las dictó mientras tuvo aliento.

No hablo de mi madre según la carne. Apenas fui destetada cuando Liutgardis von Stade, después de divorciarse de mi padre, se casó con el rey Enrique de Dinamarca. Durante mucho tiempo me he preguntado si su rostro se conservaría fino y esculpido, como el de la miniatura que, siempre fría, descansaba sobre mi corazón. O si eran suyos aquellos ojos graves de icono o de mochuelo que me examinaban en la oscuridad del sueño.

Mi madre es Hildegarda, abadesa de Rupertsberg. A ella me confiaron para que me educase y llegase a ser abadesa, tal y como estaba destinado desde mi nacimiento.

El día en que me llevaron, yo era una muchacha ingenua y estúpida, siempre enfermiza. Me lo dijo inmediatamente, cuando me ayudó a vestirme para la noche y veló a mi lado porque temblaba de congoja: mis miembros eran frágiles como pan ácimo. Ella me enseñó a no temblar y a amar la oscuridad como si fuese la otra cara de la luz. Como la luna, que posee un rostro de perla y otro de tiniebla, pero siempre es el astro racional que nos alimenta. Sin ella seríamos gatitos ciegos.

Hildegarda me decía que ningún dolor discurre con el ímpetu que tiene cuando mana, pues luego se dispersa en arroyuelos por las fibras del cuerpo.

El cuerpo lo suaviza y lo domestica con pequeñas manos. También la carne conoce sus razones, igual que el alma.

Hildegarda solía decir una palabra que para ella significaba la esencia misma de la vida en cuanto burbujeo, metamorfosis y creación inagotable: verdor.

En todas partes hay verdor. Por eso no encanece el mundo.

Tampoco ella envejeció nunca. Su cuerpo, a los ochenta y dos años, la secundaba, y ella le dispensaba todos los cuidados porque –decía– era la túnica preciosísima que un día tendría que entregar, tan perfecta como se la habían dado, sin tina ni desperfectos.

Dentro de ese cuerpo, su alma relucía como el sol que, por la mañana, se deja mirar. Con ella, que era el sol, yo me sentía como llama alta y ardiente en el candelabro.

El talento más grande de Hildegarda era la felicidad. Odiaba lo negro, los cilicios y las maceraciones, que consideraba vanidades inútiles del orgullo, un narcisismo más sutil y complaciente que la lujuria. Prefirió que las túnicas fueran verdes o blancas, no nos cortó los cabellos y quiso que nos vistiésemos de perlas y de rosas para que no sintiéramos vergüenza de la juventud. Nos enseñó que no hay culpa en amar la miel que hay en los libros, y escribió para nosotras la música sublime de los ángeles para que educásemos la voz y el cuerpo al Verdadero Bien.

Nunca se preocupó de las críticas: que era una bruja con largos cabellos de paja y nosotras sus siervas que bailábamos

como Salomé, educadas en los libros marchitos de los escoliastas.

Miraba más allá. Su alegría no condescendía con esa blandura de algunas mujeres –que luego resultan ser guantes toscos–, sino que poseía una firmeza clara que la hacía resistente a cualquier zarpa. El mal resbalaba sobre ella como lejía, para limpiarla y hacerla aún más espléndida.

Decía que la escuela de la felicidad enseña cien veces mejor que el dolor.

Esto era Hildegarda, mi madre, mi hermana.

Yo estaba en Rupertsberg con Hildegarda cuando vinieron a recogerme. La vieja abadesa de Gandersheim había muerto y yo tenía que asumir el lugar que me correspondía.

Aquel día mi nombre, Adelheidis de Sommerschenberg, era un cristal de hielo más duro que el jaspe y, como un corzo extenuado por el invierno, escarbaba en él con las pezuñas ensangrentadas.

Durante mucho tiempo había olvidado aquel nombre. Mi padre y mi madre lo habían fundido y colado, y ahora el nombre reclamaba sus derechos, abría puertas que yo no quería, chirriando en sus goznes de bronce. Estaba escrito que el nombre de la abadesa de Gandersheim tenía que provenir de purísima estirpe imperial. Pero no sabían que yo era el eslabón suelto de la cadena.

Llegué a Gandersheim como una hostia, pálida de fiebre. Quedaron defraudados. Quizá pensaban que yo era una torre bien plantada en mis huesos. En realidad, hubieran preferido que fuera muy semejante a un hombre, porque éstos

son tiempos en los que el sello imperial vale poco contra la avaricia de los barones.

Lo dice también san Jerónimo: cuando una mujer deja de lado su naturaleza femenina y asume el espíritu de un hombre, es como si el abeto destilara miel, como si una ortiga produjese rosas.

Me revelé como una ortiga bastísima e inútil al encerrarme en la celda para combatir la fiebre.

El invierno transformaba los días en una única gran noche, y la fiebre me consumía como una vela. Trataba de percibir ruidos extraños, a veces lejanísimos, que provenían del bosque próximo al convento, animales o lamentos de árboles. Hildegarda, en sus visiones, sentía las raíces girar rápidamente y las semillas de la tierra romperse. También nosotros somos semillas irredentas dentro de una vaina de sueño.

De modo que no me decidía a levantarme de aquel catre de Gandersheim, donde el tiempo pasaba como la arena en una tibia urna. Escribí a mi padre: «Aún no estoy preparada para el oficio de abadesa».

Y a Hildegarda: «Madre, no soy el abeto que destila miel».

Me concedieron tiempo y me despedí ceremoniosamente de las hermanas de Gandersheim.

Durante el viaje la respiración ya se me había sosegado. Bingen me pareció como la adorada Sión.

La ensenada del mar, allí donde se pierde el Rin en la confluencia con el Nohe, que es poco más que un torrente, era el agua de una palangana donde late subterránea una vena azul turquí. En esta estación el mar posee sobre todo límites. Subí a la roca de Rupertsberg. Los caballos jadeaban nubes de

aliento. Hildegarda me esperaba extramuros, me postré y le abracé las rodillas. Luego lloré. Sus ropas eran un cáñamo suave como nunca. Ella me alzó el rostro y yo le pregunté entre lágrimas: «Madre, madre, ¿Dios ama a las mujeres?».

Ella entonces respondió: «La Virgen María, al recibir el anuncio de que el rey quería habitar en su morada cerrada, dirigió la vista hacia la tierra de la que había sido creada y se dijo dispuesta. Hay quien dice que las mujeres son inferiores porque miran al suelo más que al cielo, pero en el suelo fue donde fijó sus ojos la Virgen Santa. En la tierra, allí donde todo parece un espasmo de cosas, se manifiesta el orden y la suprema unidad del artífice. Quien venera la tierra no pretende que los abetos destilen miel».

Luego hicimos una caminata por una llanura un poco apartada de la abadía. Para Hildegarda, la visión del verde limpia la vista y purifica el ojo interior de toda bruma.

Estábamos en pleno invierno, y con el verde vivo del musgo se mezclaban los colores de la turba y del brezo, del escaso polen y de la nieve que el sol derrite en charcos. Hacía el efecto de un tapiz tejido. Del mismo modo eran los ojos de Hildegarda: un verde vivo casi líquido, que a veces se teñía de oro viejo y oscuro. Aún conseguía inclinarse a recoger hierbas. Parecía que no podía pensar sino con las manos. Me pidió escoltarla hasta la herboristería, que en el convento consistía en un edificio apartado y no demasiado espacioso cercano a los *balnea*. Dio orden de preparar una infusión de milenrama para una mujer a quien no le cicatrizaba una vieja herida en el pie, que infectaba todo su cuerpo. En los días siguientes vine a saber que, al contacto con las hojas calientes